

## Maxine Hong Kingston “La mujer sin nombre”\*

“Lo que te voy a contar,” dijo mi madre, “no debes contárselo a nadie. En China tu padre tuvo una hermana que se suicidó. Se tiró al pozo familiar. Decimos que tu padre tiene solo hermanos porque es como si ella nunca hubiera nacido.

“En 1924 unos pocos días antes de que nuestra aldea celebrara diecisiete bodas repentinas (para asegurarse de que cada jovencito que ‘salía al camino’<sup>1</sup> volviera responsablemente a casa) tu padre y sus hermanos y tu abuelo y sus hermanos y el nuevo esposo de tu tía navegaron a América, la Montaña de oro. Fue el último viaje de tu abuelo. Los suficientemente afortunados que consiguieron contratos dijeron adiós desde los muelles. Alimentaron y cuidaron a los polizones y los ayudaron a llegar a Cuba, Nueva York, Bali, Hawaii. ‘Nos encontraremos en California el próximo año,’ dijeron. Todos mandaban dinero a casa.

“Recuerdo un día haber visto a tu tía mientras ella y yo nos vestíamos; no me había dado cuenta antes de que tenía el estómago como un melón prominente. Pero no pensé ‘está embarazada’, hasta que comenzó a verse como otras embarazadas, con la camisa tensa y los topes blancos del pantalón hinchados. Verás, no podía estar embarazada porque su marido había estado ausente por años. Nadie decía nada. No lo discutíamos, a comienzos del verano estaba a punto de parir, mucho después de la época en que habría sido posible.

“La aldea también había hecho la cuenta. La noche en que nació el bebé los aldeanos asaltaron nuestra casa. Algunos gritaban. Como una gran sierra, con los dientes ensartados de luces, columnas de gente caminaron en zigzag a lo largo del terreno, destruyendo el arroz. Las linternas se duplicaban en el agua negra revuelta, que se desagotaba por los terraplenes rotos. A medida que los aldeanos se acercaban, pudimos ver que algunos de ellos, probablemente hombres y mujeres que conocíamos bien, llevaban máscaras blancas. Gente con el pelo largo colgándoles sobre el rostro. Mujeres con el pelo corto atado en un extremo. Algunas tenían bandas blancas alrededor de la frente, brazos y piernas.

“Al comienzo arrojaron barro y piedras a la casa. Luego arrojaron huevos y comenzaron la matanza de los animales. Podíamos oír los animales gritar sus muertes, los gallos, los chanchos, por último el rugido de los bueyes. Salvajes cabezas familiares llamearon en las ventanas nocturnas; los aldeanos nos rodeaban. Algunos rostros se detenían a observarnos, con los ojos abalanzándose como reflectores. Las manos apretadas a los vidrios, las cabezas en los marcos, y dejaban huellas rojas.

“Entraron rompiendo las puertas del frente y de atrás al mismo tiempo, a pesar de que no les habíamos puesto traba. Los cuchillos goteaban la sangre de los animales. Manchaban de sangre las puertas y las paredes. Una mujer revoleó una gallina, a la que le había cortado el cogote, salpicando de sangre alrededor en arcos rojos. Permanecimos juntos en el centro de la casa, en el salón familiar rodeados por los retratos y las mesas de los ancestros, y con la mirada fija al frente.

“En esa época la casa tenía solo dos alas. Cuando regresaran los hombres, construiríamos dos más rodeando el patio y una tercera para empezar un nuevo patio. Los aldeanos se metieron por ambas alas, incluso en las habitaciones de los abuelos, para encontrar la de tu tía, que yo compartía hasta que los hombres volvieran. A partir de esta habitación un ala nueva crecería para una de las familias más jóvenes. Le rasgaron los vestidos y zapatos y le rompieron los peines, haciéndolos polvo con los pies. Rasgaron todo lo que había hecho en el telar. Esparcieron el fuego de la cocina y

---

\* Traducido por Gabriel Matelo como material de uso interno de cátedra. Nota: desconozco el chino, pero en el inglés de Hong Kingston hay una notoria desviación con respecto a un inglés ‘estándar’, no tanto en el vocabulario, sino en la sintaxis y las recciones verbales entre cláusulas; rasgo que he tratado de conservar en la traducción, alterando, por supuesto, la sintaxis y las recciones del español.

<sup>1</sup> Viajar a los Estados Unidos u otro lugar para hacer dinero. [NTrad.]

lo enrollaron con los tejidos nuevos. Los oímos en la cocina rompiendo los tazones y golpeando las ollas. Volcaron las grandes jarras de barro altas hasta la cintura; estallaron los huevos de pato, las frutas encurtidas, las verduras, y se mezclaron en torrentes acres. La anciana del campo de al lado barrió una escoba en el aire y soltó los espíritus-de-la-escoba sobre nuestras cabezas. ‘Cerde’. ‘Fantasma’. ‘Cerde’, decían entre sollozos gruñendo mientras nos destruían la casa.

“Cuando se fueron, se llevaron el azúcar y las naranjas para bendecirse. Cortaron trozos de los animales muertos. Algunos se llevaron los cuencos que no estaban rotos y las ropas que no estaban desgarradas. Más tarde, barrimos el arroz y lo volvimos a poner en sacos cosidos. Pero los olores de las conservas derramadas perduraron. Esa noche tu tía dio a luz en la pocilga. A la mañana siguiente, cuando fui a buscar agua, los encontré a ella y al bebé bloqueando el pozo familiar.

“No dejes que tu padre sepa que te lo dije. Él la niega. Ahora que has comenzado a menstruar, lo que le pasó a ella podría pasarte a ti. No nos humilles. No quisieras ser olvidada como si nunca hubieras nacido. Los aldeanos están atentos”.

Cada vez que tenía que advertirnos acerca de la vida, mi madre contaba historias como esta, una historia a partir de la cual madurar. Nos ponía a prueba la capacidad de establecer realidades. Los que en generaciones de emigrantes no pudieron reafirmar la supervivencia bruta murieron jóvenes y lejos de su hogar. Nosotros, los de las primeras generaciones estadounidenses, hemos tenido que descubrir cómo encaja en los sólidos Estados Unidos el mundo invisible que los emigrantes construyeron en torno a nuestra infancia.

Para desviar sus maldiciones, los emigrantes confundían a los dioses, malguiándolos a través de calles sinuosas y nombres falsos. Deben haber tratado de confundir también a su descendencia, que, supongo, los amenaza de manera similar: siempre intentando aclarar las cosas, siempre intentando nombrar lo indecible. Los chinos que conozco ocultan sus nombres; cuando los que residen temporalmente cambian de vida adoptan nombres nuevos y protegen sus nombres reales en el silencio.

Chinos-estadounidenses: cuando ustedes intentan comprender qué tienen de chino, ¿cómo separan lo propiamente chino de lo que es peculiar de la infancia, de la pobreza, las insensateces, la familia, las madres que les marcaron el crecimiento con historias? ¿Qué es tradición china y qué es el cine?

Si quiero saber qué ropa usaba mi tía, ya fuera llamativa u ordinaria, tendría que comenzar, “¿Recuerdas a la hermana de papá ahogada en el pozo?” No puedo preguntar eso. Mi madre me ha contado de una vez y para siempre la parte útil. No agregaré nada a menos que la impulse la Necesidad, la ribera que guía su vida. Planta huertos en vez de jardines; se lleva de los campos a su casa los tomates de formas extrañas y se come la comida dejada a los dioses.

Cada vez que hacíamos cosas frívolas como volar altos barriletes, malgastábamos energía. Saltábamos del suelo a los conos derretidos que nuestros padres traían a casa del trabajo y la película estadounidense de Año Nuevo: *Oh, You Beautiful Doll* con Betty Grable un año, y *She Wore a Yellow Ribbon* con John Wayne otro año. Después de solo una vuelta en el Parque de diversiones para cada uno, lo pagábamos con culpas; nuestro fatigado padre contaba el cambio en el oscuro regreso a casa.

El adulterio es una extravagancia. ¿Podrían personas que incuban sus propios polluelos, se comen los embriones y las cabezas como delicias, y hierven las patas en vinagre para una fiesta, dejando solo la cáscara, comiéndose incluso la piel de la molleja; podrían esas personas engendrar una tía pródiga? Ser mujer, tener una hija en tiempos de hambre era ya derroche suficiente. Mi tía no podría haber sido la única romántica que renunciara a todo por sexo. En la vieja China, las mujeres no elegían. Algún hombre le había ordenado que se acostara con él y fuera su secreto maligno. Me pregunto si se enmascaró cuando se unió al ataque contra la familia.

Tal vez lo había encontrado en los campos o en la montaña donde las nueras recogían combustible. O tal vez él la vio por primera vez en el mercado. No fue un extraño porque la aldea no albergaba extraños. Debió tener trato con él, además de sexo. Tal vez trabajaba en un campo contiguo, o le vendía la tela para el vestido que cosía y usaba. Su orden debió haberla sorprendido, luego aterrorizado. Ella lo obedeció; ella siempre hacía lo que le decían.

Cuando la familia encontró en la aldea vecina a un hombre joven para que fuera su esposo, permaneció dócil junto al hermoso gallo enviado como representante del novio, prometiéndole antes de conocerlo que sería suya para siempre. Tuvo suerte en que él tenía la misma edad y ella sería su primera esposa, una ventaja asegurada. La noche en que lo vio por primera vez, tuvo sexo con ella. Luego él se fue a América. Casi había olvidado cómo lucía. Cuando intentó imaginarlo, solo vio una cara blanca y negra en la fotografía grupal que los hombres se habían hecho tomar antes de irse.

El otro hombre no era, después de todo, muy diferente a su esposo. Ambos le dieron órdenes: ella las siguió. “Si le dices a tu familia, te golpearé. Te mataré. Ven aquí de nuevo la semana próxima.” Nadie hablaba de sexo, nunca. Y ella podría haber separado las violaciones del resto de su vida si no hubiera tenido que comprarle el aceite o recoger leña en el mismo bosque. Espero que su miedo haya durado solo lo que duró la violación, para que ese miedo quedara contenido. No un miedo prolongado. Pero en el sexo las mujeres se arriesgaban al embarazo, por tanto, arriesgaban sus vidas. El miedo no se detuvo sino que se impregnó por todas partes. Le dijo al hombre: “Creo que estoy embarazada”. Él organizó el ataque en su contra.

En las noches en que mi madre y mi padre hablaban de su vida en China, a veces mencionaban una “mesa de parias” cuyos asuntos parecían resolver con voces tensas. En una tradición de convivencia cercana, en que la comida es preciosa, las personas mayores poderosas hacían que los malhechores comieran solos. En vez de permitirles comenzar nuevas vidas separadas, como los japoneses, pudiendo convertirse en samuráis y geishas, la familia china, con rostros apartados y miradas sesgadas fulminantes, retenían a los ofensores y les daban de comer las sobras. Mi tía debe haber vivido en la misma casa que mis padres; comiendo en una mesa paria. Mi madre habló sobre el ataque como si lo hubiera visto, si bien ella y mi tía, nuera de otro hogar, no deberían haber vivido juntas. Las nueras vivían con los padres de sus maridos, no con los suyos; un sinónimo de matrimonio en chino es “tomar una nuera”. Los padres de su marido podrían haberla vendido, hipotecado, apedreado. Pero la habían enviado de vuelta con su madre y su padre, un acto misterioso que insinuaba desgracias que no me habían contado. Tal vez la habían echado para desviar a los vengadores.

Ella era la única hija; sus cuatro hermanos “salieron al camino” con su padre, su esposo y sus tíos, y durante algunos años se convirtieron en hombres occidentales. Cuando se dividieron los bienes entre la familia, tres de los hermanos se quedaron con tierras, y el más joven, mi padre, eligió educarse. Para cuando mis abuelos entregaron su hija a la familia del marido, se habían repartido toda la aventura y todas las propiedades. Esperaban que ella sola mantuviera las costumbres tradicionales; las cuales sus hermanos, ahora entre los bárbaros, podían desatender sin ser detectados. Las mujeres, profundamente arraigadas, debían mantener el pasado contra el diluvio, a salvo para el regreso. Pero occidente había impuesto un ansia extraña a nuestra familia, y así mi tía cruzó fronteras no delineadas en el espacio.

El trabajo de preservación exige que las sensaciones que actúan en las entrañas no se conviertan en acción. Solo mira cuán transitorias, como cerezos en flor. Pero tal vez mi tía, mi precursora, atrapada en una vida lenta, dejó los sueños crecer y desvanecerse, y después de algunos meses o años se dejó llevar por lo que persistía. El miedo a las enormidades de lo prohibido mantuvo sus deseos delicados, alambre y hueso. Miró a un hombre porque le gustó la forma en que llevaba el cabello detrás de las orejas, o le gustó el contorno como un signo de interrogación de un largo torso, curvo en los hombros y derecho en la cadera. A cambio de unos ojos cálidos, una voz suave o un caminar lento –nada más–, unos pocos cabellos, una línea, un brillo, un sonido, un

ritmo; abandonó a su familia. Ella nos sacrificó por un atractivo que se desvanecía con la fatiga, una coleta que no se agitaba cuando el viento moría. Ah!, la iluminación incorrecta podría borrar lo más distinguido en él.

Sin embargo, bien podría haber sido que mi tía no disfrutara poco de su amigo, sino que, como mujer salvaje, se volviera una compañera divertida. Sin embargo, imaginarla libre en el sexo no encaja. No conozco a ninguna mujer así, ni tampoco a ningún hombre. A menos que considere su vida como ramificándose en la mía, ella no me da ninguna ayuda ancestral.

Para sostener que estaba enamorada, a menudo se miraba en el espejo, intentando adivinar los colores y las formas que le interesarían a él, cambiándolos con frecuencia para encontrar la combinación adecuada. Quería que él le devolviera la mirada.

En una granja cerca del mar, una mujer que cuidaba su apariencia cosechaba una reputación de excentricidad. Todas las mujeres casadas se cortaban el pelo dejando ondas alrededor de las orejas o lo volvían a colocar en rodetes apretados. Para nada una tontería. Ninguno de los dos estilos estallaba fácilmente en trenzas que atrapasen el corazón. Y en sus bodas se exhibían con el pelo largo por última vez. “Me rozaba la parte posterior de las rodillas”, me cuenta mi madre. “Estaba trenzado, y aun así, rozaba la parte posterior de mis rodillas”.

En el espejo, mi tía le daba individualidad a su peinado a lo garzón. Podría haber ideado un rodete que se escapara en serpentinatas negras ondeando en el viento o en mechones silenciosos sobre el rostro, pero en nuestro álbum de fotos solo las mujeres mayores usan rodete. Se apartaba el cabello de la frente y se colocaba las ondas detrás de las orejas. Enrollaba un trozo de hilo, lo anudaba en círculos entre sus dedos índice y pulgar, y se pasaba el doble hilo a través de la frente. Cuando cerraba los dedos como si estuviera haciendo un par de mordiscos de ganso, el hilo se retorció recogiendo los pequeños pelos. Luego tiraba de él arrancando prolijamente los pelos, con los ojos lagrimeando por las agujas de dolor. Abriendo los dedos, limpiaba el hilo, luego lo enrollaba a lo largo de la línea del cabello y la parte superior de las cejas. Mi madre hacía lo mismo conmigo, mis hermanas y ella misma. Solía creer que la expresión “atrapado por los pelos” significaba una cautiva sostenida por un hilo depilatorio. Especialmente duele en las sienes, pero mi madre dijo que tuvimos suerte en que no nos hayan atado los pies desde los siete. Las hermanas solían sentarse en sus camas y llorar juntas, dijo, mientras sus madres o sus esclavas les quitaban los vendajes por unos minutos cada noche y dejaban que la sangre fluyera de vuelta a sus venas. Espero que el hombre al que mi tía adoraba apreciara una frente suave, que no fuera un hombre que solo piensa en tetas y culos.

Una vez, mi tía se encontró una peca en el mentón, en un lugar que según el almanaque la predestinaba a la infelicidad. Lo desenterró con una aguja caliente y lavó la herida con peróxido.

Más atención a su aspecto que estos tirones y recogidas de pelo en algunos puntos habría causado chismes entre los aldeanos. Tenían ropa de trabajo y ropa buena, y vestían la ropa buena para festejar las nuevas estaciones. Pero ya que una mujer que se peina el cabello incita a un comienzo, mi tía rara vez encontró ocasión de lucir lo mejor posible. Las mujeres parecían grandes caracoles de mar: la madera encordada, los bebés y la ropa que llevaban eran las espirales a la espalda. Los chinos no admiraban una espalda encorvada; las diosas y los guerreros se paraban erectos. Incluso debe haber habido una maravillosa liberación de belleza cuando un trabajador dejaba su carga y se estiraba arqueándose.

Tal belleza común, sin embargo, no fue suficiente para mi tía. Soñó con un amante durante los quince días de Año Nuevo, el momento en que las familias intercambiaban visitas, dinero y comida. Empleó su peine secreto. Y como era de esperarse, maldijo el año, la familia, el pueblo, y a ella misma.

Incluso cuando su cabello tentaba un inminente amante, muchos otros hombres la miraban. Sus tíos, primos, sobrinos, y hermanos también la habrían mirado si hubieran estado en China entre

viajes. Tal vez ya habían reprimido su curiosidad, y se iban, temerosos de que sus miradas, como un campo de pájaros que anidan, pudieran ser sorprendidas y atrapadas. La pobreza dolía, y esa era su primera razón para irse. Pero otra razón definitiva para abandonar la abarrotada casa era lo nunca-dicho.

Ella quizás fue inusualmente amada, la preciosa hija única, mimada y pagada de sí misma debido al afecto que la familia le prodigara. Cuando su esposo se fue, dieron bienvenida a la oportunidad de traerla de la casa de sus suegros; podría vivir como la pequeña hija por un tiempo más. Hay relatos en los que mi abuelo era diferente de otras personas, “loco desde que el pequeño japonés lo golpeara en la cabeza con la bayoneta”. Solía poner su pene desnudo en la mesa, muerto de risa. Y un día trajo a casa a una niña, envuelta en su abrigo marrón de estilo occidental. La había intercambiado por uno de sus hijos, probablemente mi padre, el más joven. Mi abuela le hizo deshacer el trueque. Cuando finalmente tuvo una hija propia, la adoró. Deben haberla amado todos, excepto quizás mi padre, el único hermano que nunca volvió a China, el que una vez fuera intercambiado por una niña.

Los hermanos y las hermanas, recién convertidos en hombres y mujeres, tenían que borrar su color sexual y presentar semblantes neutros. Cabellos y ojos perturbadores, una sonrisa como ninguna otra, amenazaban el ideal de cinco generaciones viviendo bajo el mismo techo. Para dirimir zonas borrosas, se gritaban cara a cara y se chillaban de habitación a habitación. Los inmigrantes que conozco tienen voces fuertes, sin modulación de tonos estadounidenses, incluso después de años lejos de la aldea en la que llamaban a sus amistades a través de los campos. No he podido detener los gritos de mi madre en las bibliotecas públicas o por teléfono. Al caminar erguida (con las rodillas rectas, los dedos de los pies apuntando hacia adelante, no como los de las palomas, que es femenina a lo chino) y hablar en voz inaudible, he intentado convertirme en femenina a lo estadounidense. La comunicación china era ruidosa, pública. Solo las personas enfermas podían susurrar. Pero en la mesa, donde los miembros de la familia se encontraban más cerca, nadie podía hablar, ni los parias ni los comensales. Cada palabra que cae de la boca es una moneda perdida. Silenciosamente daban y aceptaban la comida con ambas manos. Un niño distraído que tomara su tazón con una mano recibía una mirada de soslayo. A todos por igual se les exige un momento completo de atención total. Los niños y los amantes no tienen singularidad aquí, pero mi tía usaba una voz secreta, una consideración aparte.

A lo largo del trabajo de parto y su muerte, ella se guardó para sí el nombre de él; no lo acusó, de modo que fuera castigado con ella. Para salvar el nombre de su inseminador dio a luz silenciosa.

Él pudo haber sido alguien de su propia casa, pero tener relaciones sexuales con un hombre fuera de la familia no hubiera sido menos aborrecible. Todos en la aldea eran parientes, y los títulos gritados en voz alta campesina nunca permitían olvidar el parentesco. Cualquier hombre a distancia visual era neutralizado como amante: “hermano”, “hermano menor”, “hermano mayor”, ciento quince títulos de parentesco. Los padres investigaron las tablas de nacimiento, probablemente no tanto para asegurar la buena fortuna como para eludir el incesto en una población que no tiene más de cien apellidos. Todos tienen ocho millones de parientes. Cuán inútiles son los manierismos sexuales, cuán peligrosos.

Como si viniera de un atavismo más profundo que el miedo, yo solía agregar “hermano” silenciosamente a los nombres de los chicos. Embruja a los chicos, me pidieran o no que bailara, y los hacía menos temibles y tan familiares y merecedores de benevolencia como las chicas.

Pero, por supuesto, también me embruja a mí misma: no tenía citas. Debería haberme levantado, agitando los brazos y gritando a través de las bibliotecas: “¡Oye, tú! Ámame de nuevo.” Sin embargo, no tenía ni idea de cómo hacer que la atracción fuera selectiva, cómo controlar su dirección y magnitud. Si me hice bastante bonita a lo estadounidense para que los cinco o seis chicos chinos de la clase se enamoraran de mí, todos los demás niños, caucásicos, negros y

japoneses, también lo harían. La hermandad femenina, dignificada y honorable, tenía mucho más sentido.

La atracción elude el control tan obstinadamente que sociedades enteras diseñadas para organizar las relaciones entre las personas no pueden mantener el orden, ni siquiera cuando unen a las personas desde la infancia y las crían juntas. Entre los muy pobres y los ricos, los hermanos se casaban con sus hermanas adoptivas, como las palomas. Nuestra familia permitió algo de romance, pagando precios de novias adultas y proporcionando dotes para que sus hijos e hijas pudieran casarse con extraños. El matrimonio promete convertir extraños en parientes amistosos, una nación de hermanos y hermanas.

En la estructura de la aldea, los espíritus rielaban entre las criaturas vivas, mantenidos en equilibrio por el tiempo y la tierra. Pero el que un ser humano estallara en violencia podía abrir un agujero negro, un maelstrom que tironeaba del cielo. Los aldeanos asustados, que dependían unos de otros para mantener lo real, acudieron a mi tía para mostrarle una representación personal y física de la ruptura que había producido en la “redondez”. Las parejas que la desapaciguaban, quebraban el futuro que debía encarnarse en la verdadera descendencia. Los aldeanos la castigaron por actuar como si pudiera tener una vida privada, secreta y separada de ellos.

Si mi tía hubiera traicionado a la familia en un momento de grandes cosechas de cereales y paz, cuando nacen muchos niños y se construyen alas en muchas casas, tal vez podría haberse escapado de un castigo tan severo. Pero los hombres hambrientos, codiciosos, cansados de plantar en suelo seco, se habían visto obligados a abandonar el pueblo para enviar dinero a sus hogares. Hubo plagas de fantasmas, plagas de bandidos, guerras con los japoneses, inundaciones. Mi hermano y mi hermana chinos habían muerto de una enfermedad desconocida. El adulterio, tal vez solo un error durante los buenos tiempos, se convertía en crimen cuando el pueblo necesitaba comida.

Los pasteles redondos de la luna y los portales redondos, las mesas redondas de tamaños graduados que encajan una redondez dentro de otra, ventanas y cuencos de arroz redondos: estos talismanes habían perdido su poder de advertir a esta familia de la ley: una familia debe ser completa, manteniendo fielmente la línea de descendencia, teniendo hijos para alimentar a los viejos y a los muertos, que a su vez cuidan a la familia. Los aldeanos vinieron a señalarles a mi tía y a su amante furtivo un hogar destruido. Los aldeanos aceleraron el círculo de eventos porque ella era demasiado miope para ver que su infidelidad ya había perjudicado a la aldea, que oleadas de consecuencias regresarían impredecibles para lastimarla, a veces disfrazadas, como ahora. Esta redondez debió hacerse del tamaño de una moneda para que ella pudiera ver su circunferencia: castigarla por el nacimiento de su bebé. Despertarla a lo inexorable. Gente que rechazaba el fatalismo porque podía inventar pequeños recursos, insistía en la culpabilidad. Niega los accidentes y arrebató la culpa de las estrellas.

Después de que los aldeanos se fueron a sus hogares, con las linternas dispersándose en varias direcciones, la familia rompió su silencio y la maldijo. “Aíaa, vamos a morir”. La muerte se acerca. La muerte se acerca. Mira lo que has hecho. Nos has matado ¡Fantasma! ¡Fantasma muerto! ¡Fantasma! Nunca has nacido.” Salió corriendo a los campos, lo suficientemente lejos de la casa para no escuchar sus voces, y se apretó contra la tierra, que ya no era su propia tierra. Cuando sintió que se aproximaba el nacimiento, pensó que había sido herida. Su cuerpo se apoderó de sí mismo. “Me han lastimado demasiado”, pensó. “Esto es hiel, y me matará”. Con la frente y las rodillas contra la tierra, su cuerpo se convulsionó y luego se relajó. Giró sobre su espalda, se acostó en el suelo. El pozo negro del cielo y las estrellas pasaban y pasaban y pasaban sin parar; el cuerpo y su complejidad parecieron desaparecer. Ella era una de las estrellas, un punto brillante en la negrura, sin hogar, sin compañía, en un frío y un silencio eternos. Le creció una sensación de agorafobia, acelerándose más y más, más y más grande; no sería capaz de contenerla; no habría fin al miedo.

Despellejada, desprotegida del espacio, sintió que el dolor volvía, enfocándose en el cuerpo. Este dolor le dio escalofríos, un tipo de dolor superficial, frío y constante. Dentro, espasmódicamente, el otro dolor, el dolor de la niña, le dio calor. Durante horas, reposó en el suelo, alternativamente cuerpo y espacio. A veces, una visión de confort normal borraba la realidad: vio a la familia en la noche jugando a la mesa, a los jóvenes masajeándoles las espaldas a los mayores. Los vio felicitarse mutuamente, gran alegría en las mañanas en que salían los brotes de arroz. Cuando estas imágenes estallaron, las estrellas se separaron aún más. Se abrió un espacio negro.

Se puso de pie para luchar mejor y recordó que las mujeres de antes daban a luz en las pocilgas para engañar a los dioses celosos y dadores de dolor, que no arrebatan lechones. Antes que los siguientes espasmos pudieran detenerla, corrió hacia la pocilga, precipitándose con cada paso hacia el vacío. Trepó la cerca y se arrodilló en la tierra. Para una persona tribal sola, fue bueno tener una cerca que la rodeara.

En el parto, esta mujer que había llevado a su bebé como un crecimiento extraño que la descomponía todos los días, finalmente lo expulsó. Se inclinó para tocar la masa caliente, húmeda y en movimiento, seguramente más pequeña que cualquier ser humano, y pudo sentir que, después de todo, era humano: dedos en las manos y los pies, uñas, nariz. Se lo puso sobre el vientre, y quedó allí curvada, con el trasero al aire, con los pies metidos uno debajo del otro. Abrió su camisa suelta y abotonó a la niña dentro. Después de descansar, se retorció y revolvió, y ella la empujó hacia su pecho. Giró la cabeza de un lado a otro hasta que encontró el pezón. Ahí, hizo pequeños ruidos de sorción. Ella apretó los dientes ante su preciosidad, encantadora como un ternero joven, un lechón, un perrito.

Quizás haya ido a la pocilga como último acto de responsabilidad: protegería a esta niña como había protegido a su padre. Cuidaría su alma, dejando suministros en su tumba. Pero, ¿cómo esta pequeña niña sin familia encontraría su tumba cuando no habría señal de ella en ninguna parte, ni en la tierra ni en el salón de la familia? Nadie le pondría el nombre de la sala familiar. Había llevado a la niña con ella a los desechos. En su nacimiento, las dos habían sentido el mismo dolor crónico de la separación, una herida que solo la familia apretando fuertemente podía cerrar. Una niña sin línea de descendencia no suavizaría su vida, sino que solo la seguiría, fantasmal, rogándole que le diera un propósito. Al amanecer, los aldeanos que se dirigían a los campos se paraban alrededor de la valla y miraban.

Lleno de leche, el pequeño fantasma dormía. Cuando se despertó, ella endureció sus pechos para que el llanto no aflojara la leche. Hacia la mañana recogió el bebé y caminó hasta el pozo.

Llevar un bebé al pozo es muestra de amor. De lo contrario, abandónalo. Vuelve su rostro hacia el barro. Las madres que aman a sus hijos los llevan consigo. Probablemente fuera una niña; hay alguna esperanza de perdón para los niños.

“No le digas a nadie que tuviste una tía. Tu padre no quiere escuchar su nombre. Ella nunca nació.” Yo creía que el sexo era impronunciado, y las palabras tan fuertes y los padres tan frágiles, que esta “tía” le causaba a mi padre un daño misterioso. Pensé que mi familia, habiéndose establecido entre inmigrantes que también habían sido sus vecinos en la tierra ancestral, necesitaba limpiar su nombre, y una palabra incorrecta provocaría a los parientes incluso aquí. Pero hay más en este silencio: quieren que participe en su castigo. Y yo lo he hecho.

En los veinte años desde que escuché esta historia no he pedido detalles ni dicho el nombre de mi tía; no lo sé. Las personas que pueden consolar a los muertos también pueden perseguirlos para lastimarlos aún más: un culto ancestral inverso. El verdadero castigo no fue el ataque infligido rápidamente por los aldeanos, sino que la familia la olvidó deliberadamente. Su traición los enloqueció tanto que se ocuparon de que ella sufriera para siempre, incluso después de la muerte. Siempre hambrienta, siempre necesitada, tendría que pedir comida a otros fantasmas, arrebatarla y robarla a aquellos cuyos descendientes vivos les dan obsequios. Tendría que luchar contra los fantasmas amontonados en los cruces de caminos por los panes que unos pocos ciudadanos

considerados dejan para alejarla de la aldea y el hogar, de modo que los espíritus ancestrales puedan darse un banquete sin ser molestados. En paz, podían actuar como dioses, no como fantasmas, sus líneas de descendencia les proporcionaban trajes y vestidos de papel, dinero espiritual, casas de papel, automóviles de papel, pollo, carne y arroz por toda la eternidad: esencias enviadas en humo y llamas, vapor e incienso saliendo de cada cuenco de arroz. En un intento de hacer que los chinos se preocupen por las personas ajenas a la familia, el presidente Mao nos alienta a dar nuestras réplicas en papel a los espíritus de destacados soldados y trabajadores, sin importar quiénes sean sus antepasados. Mi tía siempre tiene hambre. Los bienes no se distribuyen de manera uniforme entre los muertos.

Mi tía me atormenta; su fantasma atraído hacia mí porque ahora, después de cincuenta años de abandono, yo sola le dedico páginas de papel, aunque no plegadas en casas y ropas de origami. No creo que ella siempre me quiera bien. Cuento con ella, y fue una suicida del rencor, ahogándose en agua corriente. Los chinos siempre tienen mucho miedo de los ahogados, cuyos llorosos fantasmas, con el pelo mojado colgando y la piel hinchada, esperan en silencio junto al agua para hundir a un sustituto.



# No Name Woman

Maxine Hong Kingston

“You must not tell anyone,” my mother said, “what I am about to tell you. In China your father had a sister who killed herself. She jumped into the family well. We say that your father has all brothers because it is as if she had never been born.

“In 1924 just a few days after our village celebrated seventeen hurry-up weddings—to make sure that every young man who went ‘out on the road’ would responsibly come home—your father and his brothers and your grandfather and his brothers and your aunt’s new husband sailed for America, the Gold Mountain. It was your grandfather’s last trip. Those lucky enough to get contracts waved goodbye from the decks. They fed and guarded the stowaways and helped them off in Cuba, New York, Bali, Hawaii. ‘We’ll meet in California next year,’ they said. All of them sent money home.

“I remember looking at your aunt one day when she and I were dressing; I had not noticed before that she had such a protruding melon of a stomach. But I did not think, ‘She’s pregnant,’ until she began to look like other pregnant women, her shirt pulling and the white tops of her black pants showing. She could not have been pregnant, you see, because her husband had been gone for years. No one said anything. We did not discuss it. In early summer she was ready to have the child, long after the time when it could have been possible.

“The village had also been counting. On the night the baby was to be born the villagers raided our house. Some were crying. Like a great saw, teeth strung with lights, files of people walked zigzag across our land, tearing the rice. Their lanterns doubled in the disturbed black water, which drained away through the broken bunds. As the villagers closed in, we could see that some of them, probably men and women we knew well, wore white masks. The people with long hair hung it over their faces. Women with short hair made it stand up on end. Some had tied white bands around their foreheads, arms, and legs.

“At first they threw mud and rocks at the house. Then they threw eggs and began slaughtering our stock. We could hear the animals scream their deaths—the roosters, the pigs, a last great roar from the ox. Familiar wild heads flared in our night windows; the villagers encircled us. Some of the faces stopped to peer at us, their eyes rushing like searchlights. The hands flattened against the panes, framed heads, and left red prints.

“The villagers broke in the front and the back doors at the same time, even though we had not locked the doors against them. Their knives dripped with the blood of our animals. They smeared blood on the doors and walls. One woman swung a chicken, whose throat she had slit, splattering blood in red arcs about her. We stood together in the middle of our house, in the family hall with the pictures and tables of the ancestors around us, and looked straight ahead.

“At that time the house had only two wings. When the men came back, we would build two more to enclose our courtyard and a third one to begin a second courtyard. The villagers pushed through both wings, even your grandparents’ rooms, to find your aunt’s, which was also mine until the men returned. From this room a new wing for one of the younger families would grow. They ripped up her clothes and shoes and broke her combs, grinding them underfoot. They tore her work from the loom. They scattered the cooking fire and rolled the new weaving in it. We could hear them in the kitchen breaking our bowls and banging the pots. They overturned the great waist-high earthenware jugs; duck eggs, pickled fruits, vegetables burst out and mixed in acrid torrents. The old woman from the next field swept a broom through the air and loosed the spirits-of-the-broom over our heads. ‘Pig.’ ‘Ghost.’ ‘Pig,’ they sobbed and scolded while they ruined our house.

“When they left, they took sugar and oranges to bless themselves. They cut pieces from the dead animals. Some of them took bowls that were not broken and clothes that were not torn. Afterward we swept up the rice and sewed it back up into sacks. But the smells from the spilled preserves lasted. Your aunt gave birth in the pigsty that night. The next morning when I went for the water, I found her and the baby plugging up the family well.

“Don’t let your father know that I told you. He denies her. Now that you have started to menstruate, what happened to her could happen to you. Don’t humiliate us. You wouldn’t like to be forgotten as if you had never been born. The villagers are watchful.”

Whenever she had to warn us about life, my mother told stories that ran like this one, a story to grow up on. She tested our strength to establish realities. Those in the emigrant generations who could not reassert brute survival died young and far from home. Those of us in the first American generations have had to figure out how the invisible world the emigrants built around our childhoods fits in solid America.

The emigrants confused the gods by diverting their curses, misleading them with crooked streets and false names. They must try to confuse their offspring as well, who, I suppose, threaten them in similar ways—always trying to get things straight, always trying to name the unspeakable. The Chinese I know hide their names; sojourners take new names when their lives change and guard their real names with silence.

Chinese-Americans, when you try to understand what things in you are Chinese, how do you separate what is peculiar to childhood, to poverty, insanities, one family, your mother who marked your growing with stories, from what is Chinese? What is Chinese tradition and what is the movies?

If I want to learn what clothes my aunt wore, whether flashy or ordinary, I would have to begin, “Remember Father’s drowned-in-the-well sister?” I cannot ask that. My mother has told me once and for all the useful parts. She will add nothing unless powered by Necessity, a riverbank that guides her life. She plants vegetable gardens rather than lawns; she carries the odd-shaped tomatoes home from the fields and eats food left for the gods.

Whenever we did frivolous things, we used up energy; we flew high kites. We children came up off the ground over the melting cones our parents brought home from work and the American movie on New Year’s Day—*Oh, You Beautiful Doll* with Betty Grable one year, and *She Wore a Yellow Ribbon* with John Wayne another year. After the one carnival ride each, we paid in guilt; our tired father counted his change on the dark walk home.

Adultery is extravagance. Could people who hatch their own chicks and eat the embryos and the heads for delicacies and boil the feet in vinegar for party food, leaving only the gravel, eating even the gizzard lining—could such people engender a prodigal aunt? To be a woman, to have a daughter in starvation time was a waste enough. My aunt could not have been the lone romantic who gave up everything for sex. Women in the old China did not choose. Some man had commanded her to lie with him and be his secret evil. I wonder whether he masked himself when he joined the raid on her family.

Perhaps she had encountered him in the fields or on the mountain where the daughters-in-law collected fuel. Or perhaps he first noticed her in the marketplace. He was not a stranger because the village housed no strangers. She had to have dealings with him other than sex. Perhaps he worked an adjoining field, or he sold her the cloth for the dress she sewed and wore. His demand must have surprised, then terrified her. She obeyed him; she always did as she was told.

When the family found a young man in the next village to be her husband, she had stood tractably beside the best rooster, his proxy, and promised before they met that she would be his forever. She was lucky that he was her age and she would be the first wife, an advantage secure now. The night she first saw him, he had sex with her. Then he left for America. She had almost

forgotten what he looked like. When she tried to envision him, she only saw the black and white face in the group photograph the men had had taken before leaving.

The other man was not, after all, much different from her husband. They both gave orders: she followed. “If you tell your family, I’ll beat you. I’ll kill you. Be here again next week.” No one talked sex, ever. And she might have separated the rapes from the rest of living if only she did not have to buy her oil from him or gather wood in the same forest. I want her fear to have lasted just as long as rape lasted so that the fear could have been contained. No drawn-out fear. But women at sex hazarded birth and hence lifetimes. The fear did not stop but permeated everywhere. She told the man, “I think I’m pregnant.” He organized the raid against her.

On nights when my mother and father talked about their life back home, sometimes they mentioned an “outcast table” whose business they still seemed to be settling, their voices tight. In a commensal tradition, where food is precious, the powerful older people made wrongdoers eat alone. Instead of letting them start separate new lives like the Japanese, who could become samurais and geishas, the Chinese family, faces averted but eyes glowering sideways, hung on to the offenders and fed them leftovers. My aunt must have lived in the same house as my parents and eaten at an outcast table. My mother spoke about the raid as if she had seen it, when she and my aunt, a daughter-in-law to a different household, should not have been living together at all. Daughters-in-law lived with their husbands’ parents, not their own; a synonym for marriage in Chinese is “taking a daughter-in-law.” Her husband’s parents could have sold her, mortgaged her, stoned her. But they had sent her back to her own mother and father, a mysterious act hinting at disgraces not told me. Perhaps they had thrown her out to deflect the avengers.

She was the only daughter; her four brothers went with her father, husband, and uncles “out on the road” and for some years became western men. When the goods were divided among the family, three of the brothers took land, and the youngest, my father, chose an education. After my grandparents gave their daughter away to her husband’s family, they had dispensed all the adventure and all the property. They expected her alone to keep the traditional ways, which her brothers, now among the barbarians, could fumble without detection. The heavy, deep-rooted women were to maintain the past against the flood, safe for returning. But the rare urge west had fixed upon our family, and so my aunt crossed boundaries not delineated in space.

The work of preservation demands that the feelings playing about in one’s guts not be turned into action. Just watch their passing like cherry blossoms. But perhaps my aunt, my forerunner, caught in a slow life, let dreams grow and fade and after some months or years went toward what persisted. Fear at the enormities of the forbidden kept her desires delicate, wire and bone. She looked at a man because she liked the way the hair was tucked behind his ears, or she liked the question-mark line of a long torso curving at the shoulder and straight at the hip. For warm eyes or a soft voice or a slow walk—that’s all—a few hairs, a line, a brightness, a sound, a pace, she gave up family. She offered us up for a charm that vanished with tiredness, a pigtail that didn’t toss when the wind died. Why, the wrong lighting could erase the dearest thing about him.

It could very well have been, however, that my aunt did not take subtle enjoyment of her friend, but, a wild woman, kept rollicking company. Imagining her free with sex doesn’t fit, though. I don’t know any women like that, or men either. Unless I see her life branching into mine, she gives me no ancestral help.

To sustain her being in love, she often worked at herself in the mirror, guessing at the colors and shapes that would interest him, changing them frequently in order to hit on the right combination. She wanted him to look back.

On a farm near the sea, a woman who tended her appearance reaped a reputation for eccentricity. All the married women blunt-cut their hair in flaps about their ears or pulled it back in tight buns. No nonsense. Neither style blew easily into heart-catching tangles. And at their

weddings they displayed themselves in their long hair for the last time. “It brushed the backs of my knees,” my mother tells me. “It was braided, and even so, it brushed the backs of my knees.”

At the mirror my aunt combed individuality into her bob. A bun could have been contrived to escape into black streamers blowing in the wind or in quiet wisps about her face, but only the older women in our picture album wear buns. She brushed her hair back from her forehead, tucking the flaps behind her ears. She looped a piece of thread, knotted into a circle between her index fingers and thumbs, and ran the double strand across her forehead. When she closed her fingers as if she were making a pair of shadow geese bite, the string twisted together catching the little hairs. Then she pulled the thread away from her skin, ripping the hairs out neatly, her eyes watering from the needles of pain. Opening her fingers, she cleaned the thread, then rolled it along her hairline and the tops of her eyebrows. My mother did the same to me and my sisters and herself. I used to believe that the expression “caught by the short hairs” meant a captive held with a depilatory string. It especially hurt at the temples, but my mother said we were lucky we didn’t have to have our feet bound when we were seven. Sisters used to sit on their beds and cry together, she said, as their mothers or their slaves removed the bandages for a few minutes each night and let the blood gush back into their veins. I hope that the man my aunt loved appreciated a smooth brow, that he wasn’t just a tits-and-ass man.

Once my aunt found a freckle on her chin, at a spot that the almanac said predestined her for unhappiness. She dug it out with a hot needle and washed the wound with peroxide.

More attention to her looks than these pullings of hairs and pickings at spots would have caused gossip among the villagers. They owned work clothes and good clothes, and they wore good clothes for feasting the new seasons. But since a woman combing her hair hexes beginnings, my aunt rarely found an occasion to look her best. Women looked like great sea snails—the corded wood, babies, and laundry they carried were the whorls on their backs. The Chinese did not admire a bent back; goddesses and warriors stood straight. Still there must have been a marvelous freeing of beauty when a worker laid down her burden and stretched and arched.

Such commonplace loveliness, however, was not enough for my aunt. She dreamed of a lover for the fifteen days of New Year’s, the time for families to exchange visits, money, and food. She plied her secret comb. And sure enough she cursed the year, the family, the village, and herself.

Even as her hair lured her imminent lover, many other men looked at her. Uncles, cousins, nephews, brothers would have looked, too, had they been home between journeys. Perhaps they had already been restraining their curiosity, and they left, fearful that their glances, like a field of nesting birds, might be startled and caught. Poverty hurt, and that was their first reason for leaving. But another, final reason for leaving the crowded house was the never-said.

She may have been unusually beloved, the precious only daughter, spoiled and mirror gazing because of the affection the family lavished on her. When her husband left, they welcomed the chance to take her back from the in-laws; she could live like the little daughter for just a while longer. There are stories that my grandfather was different from other people, “crazy ever since the little Jap bayoneted him in the head.” He used to put his naked penis on the dinner table, laughing. And one day he brought home a baby girl, wrapped up inside his brown western-style greatcoat. He had traded one of his sons, probably my father, the youngest, for her. My grandmother made him trade back. When he finally got a daughter of his own, he doted on her. They must have all loved her, except perhaps my father, the only brother who never went back to China, having once been traded for a girl.

Brothers and sisters, newly men and women, had to efface their sexual color and present plain miens. Disturbing hair and eyes, a smile like no other, threatened the ideal of five generations living under one roof. To focus blurs, people shouted face to face and yelled from room to room. The immigrants I know have loud voices, unmodulated to American tones even after years away from the village where they called their friendships out across the fields. I have not been able to

stop my mother's screams in public libraries or over telephones. Walking erect (knees straight, toes pointed forward, not pigeon-toed, which is Chinese-feminine) and speaking in an inaudible voice, I have tried to turn myself American-feminine. Chinese communication was loud, public. Only sick people had to whisper. But at the dinner table, where the family members came nearest one another, no one could talk, not the outcasts nor any eaters. Every word that falls from the mouth is a coin lost. Silently they gave and accepted food with both hands. A preoccupied child who took his bowl with one hand got a sideways glare. A complete moment of total attention is due everyone alike. Children and lovers have no singularity here, but my aunt used a secret voice, a separate attentiveness.

She kept the man's name to herself throughout her labor and dying; she did not accuse him that he be punished with her. To save her inseminator's name she gave silent birth.

He may have been somebody in her own household, but intercourse with a man outside the family would have been no less abhorrent. All the village were kinsmen, and the titles shouted in loud country voices never let kinship be forgotten. Any man within visiting distance would have been neutralized as a lover—"brother," "younger brother," "older brother"—one hundred and fifteen relationship titles. Parents researched birth charts probably not so much to assure good fortune as to circumvent incest in a population that has but one hundred surnames. Everybody has eight million relatives. How useless then sexual mannerisms, how dangerous.

As if it came from an atavism deeper than fear, I used to add "brother" silently to boys' names. It hexed the boys, who would or would not ask me to dance, and made them less scary and as familiar and deserving of benevolence as girls.

But, of course, I hexed myself also—no dates. I should have stood up, both arms waving, and shouted out across libraries, "Hey, you! Love me back." I had no idea, though, how to make attraction selective, how to control its direction and magnitude. If I made myself American-pretty so that the five or six Chinese boys in the class fell in love with me, everyone else—the Caucasian, Negro, and Japanese boys—would too. Sisterliness, dignified and honorable, made much more sense.

Attraction eludes control so stubbornly that whole societies designed to organize relationships among people cannot keep order, not even when they bind people to one another from childhood and raise them together. Among the very poor and the wealthy, brothers married their adopted sisters, like doves. Our family allowed some romance, paying adult brides' prices and providing dowries so that their sons and daughters could marry strangers. Marriage promises to turn strangers into friendly relatives—a nation of siblings.

In the village structure, spirits shimmered among the live creatures, balanced and held in equilibrium by time and land. But one human being flaring up into violence could open up a black hole, a maelstrom that pulled in the sky. The frightened villagers, who depended on one another to maintain the real, went to my aunt to show her a personal, physical representation of the break she had made in the "roundness." Misallying couples snapped off the future, which was to be embodied in true offspring. The villagers punished her for acting as if she could have a private life, secret and apart from them.

If my aunt had betrayed the family at a time of large grain yields and peace, when many boys were born, and wings were being built on many houses, perhaps she might have escaped such severe punishment. But the men—hungry, greedy, tired of planting in dry soil—had been forced to leave the village in order to send food-money home. There were ghost plagues, bandit plagues, wars with the Japanese, floods. My Chinese brother and sister had died of an unknown sickness. Adultery, perhaps only a mistake during good times, became a crime when the village needed food.

The round moon cakes and round doorways, the round tables of graduated sizes that fit one roundness inside another, round windows and rice bowls—these talismans had lost their power to

warn this family of the law: a family must be whole, faithfully keeping the descent line by having sons to feed the old and the dead, who in turn look after the family. The villagers came to show my aunt and her lover-in-hiding a broken house. The villagers were speeding up the circling of events because she was too shortsighted to see that her infidelity had already harmed the village, that waves of consequences would return unpredictably, sometimes in disguise, as now, to hurt her. This roundness had to be made coin-sized so that she would see its circumference: punish her at the birth of her baby. Awaken her to the inexorable. People who refused fatalism because they could invent small resources insisted on culpability. Deny accidents and wrest fault from the stars.

After the villagers left, their lanterns now scattering in various directions toward home, the family broke their silence and cursed her. “Aiaa, we’re going to die. Death is coming. Death is coming. Look what you’ve done. You’ve killed us. Ghost! Dead ghost! Ghost! You’ve never been born.” She ran out into the fields, far enough from the house so that she could no longer hear their voices, and pressed herself against the earth, her own land no more. When she felt the birth coming, she thought that she had been hurt. Her body seized together. “They’ve hurt me too much,” she thought. “This is gall, and it will kill me.” With forehead and knees against the earth, her body convulsed and then relaxed. She turned on her back, lay on the ground. The black well of sky and stars went out and out and out forever; her body and her complexity seemed to disappear. She was one of the stars, a bright dot in blackness, without home, without a companion, in eternal cold and silence. An agoraphobia rose in her, speeding higher and higher, bigger and bigger; she would not be able to contain it; there would no end to fear.

Flayed, unprotected against space, she felt pain return, focusing her body. This pain chilled her—a cold, steady kind of surface pain. Inside, spasmodically, the other pain, the pain of the child, heated her. For hours she lay on the ground, alternately body and space. Sometimes a vision of normal comfort obliterated reality: she saw the family in the evening gambling at the dinner table, the young people massaging their elders’ backs. She saw them congratulating one another, high joy on the mornings the rice shoots came up. When these pictures burst, the stars drew yet further apart. Black space opened.

She got to her feet to fight better and remembered that old-fashioned women gave birth in their pigsties to fool the jealous, pain-dealing gods, who do not snatch piglets. Before the next spasms could stop her, she ran to the pigsty, each step a rushing out into emptiness. She climbed over the fence and knelt in the dirt. It was good to have a fence enclosing her, a tribal person alone.

Laboring, this woman who had carried her child as a foreign growth that sickened her every day, expelled it at last. She reached down to touch the hot, wet, moving mass, surely smaller than anything human, and could feel that it was human after all—fingers, toes, nails, nose. She pulled it up on to her belly, and it lay curled there, butt in the air, feet precisely tucked one under the other. She opened her loose shirt and buttoned the child inside. After resting, it squirmed and thrashed and she pushed it up to her breast. It turned its head this way and that until it found her nipple. There, it made little snuffling noises. She clenched her teeth at its preciousness, lovely as a young calf, a piglet, a little dog.

She may have gone to the pigsty as a last act of responsibility: she would protect this child as she had protected its father. It would look after her soul, leaving supplies on her grave. But how would this tiny child without family find her grave when there would be no marker for her anywhere, neither in the earth nor the family hall? No one would give her a family hall name. She had taken the child with her into the wastes. At its birth the two of them had felt the same raw pain of separation, a wound that only the family pressing tight could close. A child with no descent line would not soften her life but only trail after her, ghostlike, begging her to give it purpose. At dawn the villagers on their way to the fields would stand around the fence and look.

Full of milk, the little ghost slept. When it awoke, she hardened her breasts against the milk that crying loosens. Toward morning she picked up the baby and walked to the well.

Carrying the baby to the well shows loving. Otherwise abandon it. Turn its face into the mud. Mothers who love their children take them along. It was probably a girl; there is some hope of forgiveness for boys.

“Don’t tell anyone you had an aunt. Your father does not want to hear her name. She has never been born.” I have believed that sex was unspeakable and words so strong and fathers so frail that “aunt” would do my father mysterious harm. I have thought that my family, having settled among immigrants who had also been their neighbors in the ancestral land, needed to clean their name, and a wrong word would incite the kinspeople even here. But there is more to this silence: they want me to participate in her punishment. And I have.

In the twenty years since I heard this story I have not asked for details nor said my aunt’s name; I do not know it. People who can comfort the dead can also chase after them to hurt them further—a reverse ancestor worship. The real punishment was not the raid swiftly inflicted by the villagers, but the family’s deliberately forgetting her. Her betrayal so maddened them, they saw to it that she would suffer forever, even after death. Always hungry, always needing, she would have to beg food from other ghosts, snatch and steal it from those whose living descendants give them gifts. She would have to fight the ghosts massed at crossroads for the buns a few thoughtful citizens leave to decoy her away from village and home so that the ancestral spirits could feast unharassed. At peace, they could act like gods, not ghosts, their descent lines providing them with paper suits and dresses, spirit money, paper houses, paper automobiles, chicken, meat, and rice into eternity—essences delivered up in smoke and flames, steam and incense rising from each rice bowl. In an attempt to make the Chinese care for people outside the family, Chairman Mao encourages us now to give our paper replicas to the spirits of outstanding soldiers and workers, no matter whose ancestors they may be. My aunt remains forever hungry. Goods are not distributed evenly among the dead.

My aunt haunts me—her ghost drawn to me because now, after fifty years of neglect, I alone devote pages of paper to her, though not origamied into houses and clothes. I do not think she always means me well. I am telling on her, and she was a spite suicide, drowning herself in the drinking water. The Chinese are always very frightened of the drowned one, whose weeping ghost, wet hair hanging and skin bloated, waits silently by the water to pull down a substitute.